

Castiel 2018 o la preservación de la virtud

Por fin otro verano en Castiel, y como cada año, vengo dispuesto a ocupar hasta altas horas todos los rincones de este intrincado pueblo y estar en casa lo menos posible. Mis padres, muy responsables ellos, se angustian porque pierden la falsa sensación de control sobre mis actos que creen tener el resto del año.

Mientras duermo las consecuencias de la primera noche, llega a bocinazo limpio la furgoneta de los “melones y sandias del Tomelloso, tres a cinco euros, vamos que nos vamos, que me quedan pocos”.

Es hora de levantarse, pero con esta luz, ese sol intenso que rebota cruelmente en las piedras y se me clava en la retina, fracaso al primer intento y caigo en la cama como un boxeador en la lona, noqueado en el primer asalto.

Con los ojos achinados, y al tercer intento, arrastro mi cuerpo en crecimiento hasta el lavabo, intento mear dentro de la taza, me lavo la cara, abro los ojos y bajo al comedor, a mesa puesta, miradas de reproche y algún gruñido mal disimulado. Yo, ni caso, y mi tío que sonrío malévolamente bajo el bigote de guardia civil jubilado.

Me siento en la mesa, como lo que haya, hablo si me hablan, pido pan educadamente y procuro no sorber. Mi misión secreta es pasar desapercibido, sortear la comida sin que nadie me interrogue sobre lo que hice anoche. Y en caso que alguien se atreva a hacerlo tengo dos respuestas: un gruñido con la boca llena o un silencio distraído que evita más preguntas.

No tengo pecados mortales que ocultar, pero me encanta que crean que cometo transgresiones inconfesables, siento que aumenta su interés y preocupación por mi persona; y ¿qué queréis que os diga?, me estimula y me hace sentir más interesante. Debo ser el motivo central de conversaciones familiares durante mi ausencia, y de ausencias tengo muchas.

Deberían ser más abiertos y reconocer que nuestra adicción a los móviles nos resta tiempo para dedicarnos a planear atrocidades que el aburrimiento de otras épocas obligaba a cometer.

Lo único que consigue alargar mi presencia en casa son las gachas. Una vez bien hartico, hago una siesta de baba, que se alarga como un chicle, mientras mi cuerpo se concentra en digerir.

Mis padres se esfuerzan penosa y bien intencionadamente en adoptar un moderno criterio educativo que les permita dar respuestas contundentes a cada paso que doy. Ja!, los pobres se despistan en cada esquina, se pierden, son incoherentes, se descontrolan y recurren a las respuestas heredadas de la época de los romanos. Intentan, sin éxito aparente, hacerme mejor persona; y valoro su esfuerzo y tenacidad, pero mi trabajo es ponérselo difícil. Además, les facilito temas de conversación con otros padres mientras se forran a cañas en el chiringuito después de prevenirme de los peligros del alcohol.

El día que me da por madrugar, por decir algo, me dejo caer lánguidamente hasta la piscina e intento hacer unos largos, que acaban siendo más bien cortos, me tuesto al sol y procuro moverme poco.

De pequeño recuerdo sentarme en las vallas de piedra, con los pies colgando, al lado de los mayores, que fuman y hablan de cosas de mayores sin

importarles mi presencia, yo era un privilegiado simpático adoptado como una mascota a la que sacan a pasear y le hacen alguna carantoña.

Ahora nos sentamos en la fuente de la plaza, con nuestra mascota, y como pipas saladas hasta que la lengua no me cabe en la boca, me compro una fanta en Rosita, la bebo de un trago, eructo sonoro, las chicas se ofenden y ellos se parten la caja.

Castiel se me antoja siempre como un festival de experiencias donde en 15 días vives sensaciones concentradas que te dejan resaca para el resto del año, y con un síndrome de abstinencia que te pide volver para resolver lo que quedó pendiente.

Además puedo liberarme del férreo control militar que mi madre pretende ejercer sobre mí. Mi padre pasa del tema, y me mira condescendiente. Intuyo que a mi edad era un kamikaze con una chatarra de bicicleta, y sabedor que jamás cometeré las mismas atrocidades de su infancia, en un país gris y franquista, sin móviles, sin wifi y sin Play.

Otro tema interesante, y muy morboso, es el pánico general que provoca entre los esforzados padres la presencia de mozos hiperhormonados cuyas péfidas intenciones ponen en riesgo la supuesta virtud de las mocitas en edad de merecer. Nos inundan a consejos y plagas apocalípticas de manual que por “sabidos y averiguados no importan un ardite al entendimiento” (esto último es del Quijote, para que luego digan que no leo).

Y para finalizar, solo quiero pedir a los padres que eviten esa pose de trascendencia cuando pretenden averiguar si te interesa alguna churri....¡por dios, es un momento trágico del que resulta imposible escapar!.

En fin, son buenas personas, y el año que viene volverán a intentarlo...

Castielfabib, agosto 2018.